

La Medalla Prima de Derecho
José Alejandro de Treviño y Gutiérrez
Honor, compromiso y gratitud

*Mensaje del Profr. Dr. Jur. Dr. Phil.
Agustín Basave Fernández del
Valle, Director del Centro de
Estudios Humanísticos de la
Universidad Autónoma de Nuevo
León y Presidente de la Sociedad
Mexicana de Filosofía.*

Agustín Basave Fernández del Valle

La Medalla Prima de Derecho
José Alejandro de Treviño y Gutiérrez
Honor, compromiso y gratitud

Mensaje del Prof. Dr. Jur. Dr. Phil.
Agustín Basave Fernández del
Valle, Director del Centro de
Estudios Humanísticos de la
Universidad Autónoma de Nuevo
León y Presidente de la Sociedad
Mexicana de Filosofía.

Por su comunión con la verdad, el hombre se evade de la cárcel espacio-temporal. Somos responsables de la verdad en cuanto desvelamiento y en cuanto comunicación. El amor es inseparable de la verdad: La esclarece y la posibilita. Estamos llamados—todos sin excepción— a dar testimonio de la verdad. Abrirse a la verdad y abrirse en la verdad para los otros es cumplir la ley de nuestro propio ser. Tenemos la certeza de que somos hombres para algo más que para dar con nuestros huesos en una tumba. Por eso me ha parecido siempre magnífico el lema de la Universidad Autónoma de Nuevo León: "Alere Flammam Veritatis". Si la administración de la verdad esta confiada a la libertad humana, es preciso alentar la flama de la verdad. Condenados como estamos a la muerte, debemos apresurarnos, con inquebrantable voluntad y sin descanso, a dar nuestro mensaje, grande o pequeño, pero siempre auténtico, antes de pasar a aquel estadio en donde tenemos la certeza—los creyentes— de que sobran los mensajes, porque todo está a la vista, en su más prístina patencia. Pero todo desvelamiento, todo mensaje debe estar al servicio del amor que abraza y excede a la verdad.

Agustín Basave Fernández del Valle

Por su conexión con la verdad el hombre se
evade de la causal según temporal. Somos
responsables de la verdad en cuanto
testimonio y en cuanto comunicación. El amor
es un puente de la verdad. La esencia y la
potencia están a la medida de la esencia.
e del testimonio de la verdad. Abriéndose a la verdad
y abriéndose a la verdad para los otros es el amor. La
ley de nuestro mundo es. Tenemos la certeza de
que somos hombres para algo más que para dar
con nuestros huesos en una tumba. Por eso nos
ha parecido siempre magnífico el tema de la
Universidad Autónoma de Nuevo León. Ahora
Flammarion venís. Si la administración de la
verdad está convida a la libertad. Entonces, es
preciso decir la forma de la verdad. Los hechos
como estamos a la medida de los hechos.
con independencia voluntaria y sin deberlo a dar
nuestro mensaje. grande oportuno. Para siempre
atención antes de pasar a aquel estado en donde
tenemos la certeza - los creyentes - de que son los
los mensajes. porque todo está a la vista. en su
más próxima presencia. Pero todo desenvolvimiento.
todo mensaje debe estar al servicio del amor que
abreza y excede a la verdad.

Agustín Basave Fernández del Valle

Al recibir la Medalla Prima de Derecho José Alejandro de Treviño y Gutiérrez y el homenaje de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales recibo un alto honor, acepto un grave compromiso y expreso una profunda gratitud. La Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León ha querido honrarme tal como vengo: acaso más armado de entusiasmo que de obras, más pleno de proyectos que de realizaciones. Reciban, la Universidad Autónoma de Nuevo León y en especial su digno Rector, Dr. Reyes S. Tamez Guerra, el Director de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Lic. Helio Ayala Villarreal, el Lic. Hiram de León Rodríguez, el Dr. Eduardo Macías Santos y mi hijo, el Lic. José Manuel Basave Benítez, el testimonio de mi encendida gratitud y de mi más alta estimación intelectual. Sus palabras quedan grabadas indeleblemente en mi espíritu, como en un viejo palimpsesto.

Todo hombre, y con mayor razón todo escritor, desea ser reconocido. Sería insincero al no confesar este anhelo. Pero advierto que la distinción la atribuyo

más a la generosidad de la Institución que a mis merecimientos personales.

Permítidme que os diga, tan sencillamente como pueda, cual es la idea que me hago respecto de mi vocación, de mis obras humanísticas y del papel del intelectual. Yo no puedo vivir vocacionalmente sin mis investigaciones, sin mi docencia, sin mis conferencias, sin mis libros y mis artículos. Pero jamás he colocado estas actividades por encima de todo. Filosofía, Derecho, Ciencias Humanas y Ciencias de la Educación, se integran unitariamente en mi vocación. Entiendo por vocación el modo integral de existencia que se proyecta hacia la plenitud. Trátase de un sistema radical y singularísimo de preferencias y desdenes que emerge del fondo insobornable. Descubrimos la vocación por un imperativo de autenticidad.

¿Cuándo descubrí mi vocación? No lo sé. No podría fijar una fecha.

Sólo recuerdo que mi niñez se vio surcada por graves problemas que me hicieron perder, en buena parte, esa infantil inconsciencia de pájaro y felicidad de flor. Mi profesora de religión me dijo, muy pronto, que mis padres tendrían que morir y que yo también me moriría. El panorama me horripilaba. ¿Qué sentido tenía la vida? ¿Qué sentido tenía la muerte? Acudí a mi madre para formularle preguntas. Me tranquilizaba, en parte, pensar que la muerte, mi propia muerte, se encontraba aún muy distante.

Mientras tanto sentía una sed enorme de vida, un afán de realizar grandes e inconcretas hazañas. Ese intenso amor por la vida, en todas sus dimensiones, aunado a un apetito de fundamentación, de claridad sobre el universo, me han acompañado siempre. La intensidad y el entusiasmo en la tarea humanística es, y ha sido, mi modo de vivir. Modo de vivir que no esta exento, claro está, de una cierta dosis de incertidumbre, de melancolía, de riesgo. Pero predomina, en esta vocación del fundamento, un goce lleno de plenitud presencial de la totalidad de cuanto hay en el ámbito finito y de Quien hace que haya *habencia*. Goce que no convierte la vocación filosófica en una ocupación felicitaria. He tratado de ofrecer lo mejor que ha salido de mi ser: Más de una veintena de obras filosóficas, jurídicas, literarias educativas y humanísticas. No me toca juzgar los resultados. Solo puedo decir que aún trabajo, a la vez, en varias obras y que proyecto otras tantas hasta que la vida me alcance, hasta la muerte.

Porque soy un ser dialógico, un ser entre el prójimo, recibo la Medalla Prima de Derecho José Alejandro de Treviño y Gutiérrez y el Homenaje de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales como una copropiedad amorosa –caritativa, en el sentido religioso de la palabra– que transcurre entre mi persona, mi esposa, mis hijos, mis familiares, mis amigos, mis discípulos. Yo se la parte que les corresponde en esta distinción y ellos saben que yo

no la podría aceptar o disfrutar sin su compañía. Y la recibo, también, en nombre de todos aquellos ignorados investigadores y profesores universitarios de provincia –como aquí se les suele llamar a las Capitales de los Estados– que llevan la pupila dilatada de asombro, que estrenan la gracia de las cosas, que caminan alucinados del brazo de la aurora y que mueren olvidados en la cama de un hospital cualquiera.

Para un mexicano que quiere llegar a la universalidad sin traicionar sus más caras esencias, las distinciones académicas –nacionales o extranjeras– constituyen un vigoroso estímulo para proseguir en la tarea vocacional. Eso es todo. Sin agregar un centímetro de estatura intelectual, nos disponen a la gratitud y nos estimulan a emprender el asalto de la altura.

La gratitud solo es posible en el ámbito de la libertad. Gratitud que va dirigida a personas: maestros, alumnos, funcionarios. El agradecimiento, como el ruego, siempre es interindividual, transcurre entre un yo y un tú. Y pienso que agradecer y recibir, dar y rogar es reconocer el mutuo apoyo y la mutua ayuda. Quien hoy da, mañana puede recibir; y quien hoy recibe, mañana puede dar. Es bello poder agradecer y mide, en cierto modo, la salud espiritual. La gratitud es disposición al agradecimiento vivo. Recibimos más de lo que hemos ganado. Nuestra vida misma es una dádiva de amor que nos compromete a vivir amorosamente. Quiero recordar

las palabras de Pablo de Tarso: “¿Qué tienes que no lo hayas recibido? y, si lo has recibido ¿a que gloriarte cual sino lo hubieras recibido?” (1 Romano, Corintios, capítulo IV, versículo 7). Alguna vez lo dije, y hoy quiero repetirlo; en rigor, solo he tenido un maestro: Jesucristo. Y mal cristiano sería si no diese testimonio hoy y siempre.

Uno de los grandes clásicos de la literatura española de los Siglos de Oro, Don Francisco de Quevedo y Villegas, nos recuerda nuestra nihilidad ontológica en una frase sencilla, contundente, lapidaria: “Vuelve los ojos, si piensas que eres algo, a lo que eras antes de nacer, y hallarás que no eras, que es la última miseria”. Existo, porque procedo de la Suprema Realidad irrespectiva, del Ser fundamental y fundamentante. Sin ese Supremo Ser fundamental y fundamentante, nada soy. En Él y solo en Él, puedo encontrar plenitud y descanso, libertad y júbilo en un evento compartido y con destinación final, en esa suprema alegría que relativiza todo.

Pero este reconocimiento fundamental me insta a la gratitud hacia quienes fueron mis profesores –mexicanos y extranjeros– y hacia mis alumnos universitarios –decenas de generaciones– y mis discípulos. Sin ellos no sería quien soy, ni podría llevar a su cabal sentido la presea que hoy recibo. Y pienso, también, en el diálogo con los grandes muertos, en el influjo que viene de lejos.